

La democracia venezolana: ¿Hacia un nuevo modelo? Entre el reinvento, la transición consensual y la inclusión

*Venezuelan democracy: towards a new model? Between reinvention, consensual transition
and inclusion*

Antenor Viáfara M

Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Instituto Pedagógico de Caracas
ORCID 0009-0000-1942-9606
antenorviafara@gmail.com

153

Recibido: 13/08/2023

Aprobado: 29/10/2023

Resumen: La sociedad venezolana, sumida en una profunda crisis humanitaria, económica y política, aspira fervientemente a un cambio democrático que se adecúe a las complejidades del presente. Este ensayo, mediante un análisis hermenéutico, explora los desafíos y dilemas que implica la redefinición de su democracia en un contexto de transición política, luego de más de dos décadas bajo el dominio de un gobierno autoritario instaurado por el chavismo. La restauración democrática no puede ser una mera réplica de 1958. Debe ser un proceso inclusivo, realista y participativo que supere las limitaciones de acuerdos elitistas y aborde las raíces de la crisis actual. La construcción de una nueva democracia exige la participación activa de todos los sectores sociales, trascendiendo las élites tradicionales. Se requieren mecanismos que fortalezcan la voz de organizaciones civiles, empresariales, gremiales, sindicales, religiosas, militares y populares. La magnitud de la crisis exige una estrategia integral que recupere la estructura productiva, educativa, sanitaria y de servicios. Se debe atender la migración masiva, la abultada deuda externa y el colapso del Estado de derecho. La



democracia venezolana enfrenta el reto de recuperar un espacio público libre y plural. Se requiere fortalecer el sistema de libertades, la autonomía institucional y la participación ciudadana, superando el bloqueo de espacios políticos y sociales que impide el debate constructivo. La transición hacia una nueva democracia genera dudas e incertidumbres. Se requiere liderazgo claro, comunicación transparente, compromiso genuino con las demandas ciudadanas y una hoja de ruta consensuada para navegar este complejo proceso.

Palabras claves: Erosión del espacio democrático, democracia sin sustantivo, transición.

Abstract: The Venezuelan society, immersed in a profound humanitarian, economic, and political crisis, fervently aspires to a democratic change that aligns with the complexities of the present. This essay, through a hermeneutic analysis, explores the challenges and dilemmas involved in redefining its democracy in a context of political transition, after more than two decades under the authoritarian rule established by Chavismo. Democratic restoration cannot be a mere replica of 1958. It must be an inclusive, realistic, and participatory process that overcomes the limitations of elitist agreements and addresses the roots of the current crisis. Building a new democracy requires active participation from all social sectors, transcending traditional elites. Mechanisms are needed to strengthen the voices of civil, business, labor, religious, military, and popular organizations. The magnitude of the crisis demands a comprehensive strategy that restores the productive, educational, health, and service structures. Attention must be given to mass migration, the substantial external debt, and the collapse of the rule of law. Venezuelan democracy faces the challenge of reclaiming a free and plural public space. Strengthening the system of freedoms, institutional autonomy, and citizen participation is necessary, overcoming the blockage of political and social spaces that hinder constructive debate. The transition to a new democracy generates doubts and uncertainties. Clear leadership, transparent communication, genuine commitment to citizen demands, and a consensus-based roadmap are required to navigate this complex process.

154

Keywords: Erosion of democratic space, democracy without substance, transition.



Introducción

Es innegable que, al analizar la democracia venezolana, siempre se busca un denominador común que revele pistas sobre los derechos ciudadanos, la división de poderes y las obligaciones del Estado hacia el tejido social. Sin embargo, esta lógica se centra en un aspecto crucial: la explotación petrolera. La dependencia de los ingresos petroleros ha dejado una profunda huella en el desarrollo político y social del país, influyendo no solo en la estructura democrática, sino también en las diversas corrientes políticas que han configurado su sistema: desde dictaduras hasta populismos de izquierda o derecha, todos afectando la autonomía de la sociedad civil y limitando su capacidad de intermediación.

Es relevante destacar que el régimen autoritario populista, que emergió en Venezuela a principios del siglo XXI con la llegada de Hugo Chávez al poder (1999-2013) y su sucesor Nicolás Maduro (2013-2024), se ha valido de las instituciones estatales para legitimar un modelo intervencionista fallido. Desde una perspectiva ideológica, este modelo ha reemplazado al ciudadano por el concepto de «pueblo», convirtiéndolo en el centro psicopolítico para el control de las masas.

La *pax* populista autoritaria que se ha impuesto muestra diversas máscaras, entre ellas: el sufragio como factor legitimador de una hegemonía inestable, el colapso de la industria petrolera como soporte indiscutible para la reproducción política, económica, social y cultural de la sociedad venezolana, la disolución de las estructuras partidistas, el control férreo sobre las instituciones del Estado y, por último, el papel de las Fuerzas Armadas (FF.AA.) como garantes del régimen.

Frente a este panorama, las incertidumbres sobre el futuro del país son considerables. No existen alternativas claras para un cambio en el sistema político, y la sociedad venezolana está profundamente dividida. La realidad no muestra grupos cohesionados con un objetivo común para desplazar al chavismo del poder.



Las organizaciones empresariales, gremios y sindicatos se encuentran debilitados, mientras que las organizaciones populares han sido reprimidas o cooptadas por el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV).

Los obstáculos son numerosos, lo que dificulta cualquier posibilidad de negociación aceptable y creíble. Además, el escenario es complejo: el gobierno de Nicolás Maduro ha logrado evadir la presión internacional y debilitar a una oposición fragmentada por intereses personales y corporativos. Mientras tanto, la ciudadanía carece de una dirección política clara. La opacidad en las negociaciones oculta la agenda de discusión, generando incertidumbre en las mayorías y socavando el proceso al convertirlo en un asunto de élites, lo que limita el pluralismo y una base consensual amplia necesaria para una transición efectiva.

En este contexto, surgen interrogantes cruciales: ¿Es posible en Venezuela un gobierno de transición lo suficientemente inclusivo como para replantear la democracia más allá de los consensos de 1958? ¿Quiénes serían estos nuevos actores? ¿Qué intereses representarían? ¿Podrán someterse al escrutinio público más allá de las formalidades electorales? Y, por último, ¿será capaz el sistema judicial de aplicar todo el peso de la ley a los actores involucrados en el desfalco y la crisis del país? Por ahora, las salidas no están claras, y debemos considerar los roles desempeñados por potencias como Estados Unidos (que ha abandonado su papel protagónico en el hemisferio), Rusia, China, Irán y Cuba, quienes ejercen presión desde diversas perspectivas para influir en el destino de Venezuela.

156

Erosión del espacio democrático en Venezuela: un análisis crítico

El cambio del sistema político venezolano que se abre en el alba del siglo XXI denota la desaparición de la alternancia democrática como opción partidista, cosa



legitimada en la propia Carta Magna de 1999, refrendada al año siguiente. Allí se borra de un plumazo lo que había sido un punto de honor establecido por la Constitución Colombiana de 1821 y la venezolana de 1960. En ambas, los principios de alternancia y responsabilidad le otorgaban piso a la democracia. Hoy solo queda una representatividad maltrecha, hemipléjica si hablamos del espacio democrático coartado, disminuido por el acelerado proceso desinstitucionalizador y por el abusivo control del actual Ejecutivo Nacional, Nicolás Maduro, sumado al debilitamiento de los órganos de la sociedad civil.

Sin ambages, mientras que se mantenga el poder autoritario no podemos retornar a la democracia, ni mucho menos pensarla desde el pasado. Por el hecho, que la realidad está marcada por la incertidumbre y la crisis moral que ha permeado el tejido social. Por tanto, queda como alternativa repensarla, en otros términos. Es decir, pensarla como acción ciudadana consciente en su rol social, político y cultural. Pero, además, concebir la sociedad como una entidad autónoma capaz de exigir cuentas y vigilar las acciones de los poderes públicos, funcionarios altos, medios y bajos.

157

Hablamos entonces, de un ciudadano para la democracia, no en el sentido anverso petrificado anclado en ideales jurídicos formales limitados, cuyas consecuencias trajo consigo la contención del ciudadano y la obstrucción necesaria de consensos para que el sistema político se reformara, muy a pesar de las recomendaciones de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE) durante la década de los ochenta del pasado siglo.

El arribo al siglo XXI se constituyó en el parteaguas que dio cierre a un ciclo, pero, además, sirvió de base para la autorrevelación de lo que somos como sociedad. *Ergo*, un volver al principio, buscar el salvador, «el hombre a caballo» en el cual *asir* las esperanzas, decantar el descontento y la crisis que ya parece



endémica, mientras eran aplastados sistemáticamente los órganos de intermediación: la trilogía empresarios, partidos y las FF.AA.

La llegada al poder en 1999 de la ola populista de inclinación izquierdista, elegida por voluntad popular, torció la vara de lo político como ejercicio para dirimir conflictos al polarizar la sociedad entera en una lucha no entre adversarios, sino entre enemigos. Con lo cual, tal retórica comenzaba a imprimirle sentido a una nueva «hegemonía» sostenida por el estamento militar, en tanto, se agenciaba el control sobre las instituciones que antes aparentaban ser autónomas.

El antagonismo recalca en las calles o en las redes sociales, las narrativas entre enemigos políticos parecen irreconciliables porque domina el escenario antipolítico. Ahora, veinticinco años después, con frecuencia se habla de acuerdos, de transición sin que las voces de las multitudes sean escuchadas. Por ello resulta pertinente lo esgrimido por Chantal Mouffe (2011): «Concebir el objetivo de la política en términos de consenso y reconciliación no solo es conceptualmente erróneo, sino que implica riesgos políticos, para quienes se sostienen en el poder y para sus contrapartes» (p.10).

158

La política no es inocente por el hecho de que está constituida por intereses diversos, no pocas veces ajenos a los deseos de la voluntad popular. Pensar en consenso implica ir más allá de acuerdos entre cúpulas, supone comprender la necesidad de la mayor inclusión posible, pues no se trata de volver sobre lo mismo en un escenario que supera las características de los acuerdos que se habían plasmado en 1958.

La actual realidad política, social y económica venezolana trasciende aquellos supuestos que dieron lugar al consenso postdictadura. Ahora, la escena pinta otra manera de comprender lo político, cuyo signo fundamental está constituido por la negación de la política, marco ajeno a lo que antes se había convertido en generalidad y en principios para la acción política. Tal es la erosión del sistema



político que la antipolítica, por un lado, es el terreno medular del autoritarismo, donde se legitima el régimen actual, especie de agencia donde pululan intereses particulares dispersos con exigua conexión con los intereses públicos, nacionales, regionales y locales.

La izquierda populista y autoritaria gobernante no escapa a su propia fuga, esto es, aun cuando el relato sigue siendo el mismo, lo fue aquella aparente unidad del llamado «polo patriótico», no es más que una expresión del vaciamiento, no solo de contenidos programáticos, sino también de la dispersión generada por las propias prácticas del Poder Ejecutivo en su permanente búsqueda de enemigos, fenómeno que pareciera apoderarse de algunas democracias occidentales, particularmente en América Latina. En ese particular, sentencia Chantal Mouffe (1999):

Los múltiples gritos de alarma ante los peligros del populismo o de un posible retorno de los fascismos son señales de creciente desasosiego de una izquierda que ha perdido su identidad y que, al no poder en términos de adversarios, busca desesperadamente un enemigo que pueda devolverle la apariencia de unidad (p.12).

159

El sesgo está allí, la sociedad política se entrapa en un escenario aparentemente sin alternativas. Sus intentos son poco satisfactorios, porque las instituciones no responden a los reclamos de la ciudadanía, ni siquiera con mayoría opositora en la Asamblea Nacional de 2015, pues el Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) la declaró en desacato para profundizar el poder autoritario. Pero, además, durante su curso con veinticinco años a cuestas, el régimen autoritario en el poder logra debilitar a las organizaciones de la sociedad civil, gremios, sindicatos, central de trabajadores, creando organizaciones subordinadas al partido de gobierno (PSUV), cuyo objetivo no es otro que destruir la autonomía que había ganado la sociedad civil en épocas precedentes.



Hablamos entonces del desmontaje de las organizaciones ciudadanas sectoriales y populares, estas últimas reducidas a una relación clientelar supeditadas a la movilización en función de los gustos y deseos del líder.

Ante la erosión de la democracia venezolana, cualquier proceso de transición que se tenga en mente, sin duda, pasa por equilibrar el *pólemos*, es decir, los antagonismos y conflictos propios de sociedades en crisis, teniendo en cuenta que volver al cauce político en el mejor sentido de la palabra, significa domesticar la hostilidad para conjurar los peligros potenciales.

Un factor no menor consiste en dejar atrás las figuras míticas, símbolos indiscutibles que han caracterizado el funcionamiento rentista del Estado, la política y la sociedad, sobre el cual se legitima el sistema político venezolano. Quizá uno de los elementos que han contribuido de alguna manera a su erosión ha sido el clientelismo malsano, la creencia colectiva en un «mago» que, por sí solo, resuelve los problemas nacionales, regionales o locales, apuntalada por el acto delegativo del sufragio. En otras palabras, más allá del mito, los ciudadanos se ausentan del escenario público para cederlo a los elegidos.

160

El devenir democrático sujeto a realidades coyunturales no está exceptuado de la presencia de líderes carismáticos ofreciendo el paraíso. Lo tuvimos con Carlos Andrés Pérez en la década de los setenta del pasado siglo para reaparecer en el umbral del siglo XXI; sin embargo, los cambios generados por el chavismo con su populismo autoritario, hasta ahora han terminado en debacle, por decir lo menos. Para Alfredo Coronil (2002):

En medio de la devastación de un país empobrecido y polarizado, el mito del progreso chavista ya no puede disimular la división, como antes, frente al espejismo de un futuro bienestar colectivo; el mito no es ya unificado sino justiciero. Su mito asusta o seduce, dependiendo de donde uno esté parado y lo que quiera para el país. Si bien las acciones van a la zaga de las palabras, en un escenario político donde las palabras son acciones, los temores de sus opositores son tan



intensos como las renovadas esperanzas de sus partidarios. Al menos la política, aunque en esta forma, ha entrado en cada hogar (p.13).

La alucinación del mito chavista desmontó el orden institucional que había prevalecido, no sin tropiezos, al capturar y asumir el control del sistema político institucional. No obstante, paradójicamente a lo que había sido, tal desestructuración se hizo más evidente cuando el ejercicio del poder recae exclusivamente en el líder carismático, quien anula los contrapesos de los poderes, improvisa, maneja los recursos discrecionalmente y sin frenos para acelerar la erosión de la democracia fundada en 1958. Aunque cabría aclarar que tal fenómeno mostraba sus desvíos en la década de los setenta del pasado siglo. Al respecto, el dramaturgo José Cabrujas (1987) sentencia lo siguiente:

El concepto de Estado es simplemente un «truco legal» que justifica formalmente apetencias, arbitrariedades y demás formas del «me da la gana». Estado es lo que yo, como caudillo, como simple hombre de poder, determino que sea Estado. Ley es lo que yo determino que es Ley (p.07).

161

Aunque el escritor observó con agudeza aquel escenario, al menos funcionaban los controles. El Ejecutivo Nacional no tenía tanto poder como ahora lo tiene con el chavismo. Aún más cuando el vector intermediador entre partidos y masas está roto, la conexión con estas ha generado y genera mayor desconcierto, desmovilización y desencanto ante el escenario antipolítico que domina las tensiones, la ausencia de consensos y las limitaciones impuestas a la opinión pública.

No deja de tener valor lo dicho por Cabrujas, puesto que la erosión atribuida a la democracia venezolana difícilmente escapa al escrutinio. Según él, la aplicación de la ley no es para el «político», sino para los ciudadanos que sufren los desmanes de estos. Así pues, la democracia ha seguido los derroteros personales para escabullir su motivación colectiva. En esas condiciones, no se olvida nuestra *doxa*,



ese saber subliminal mal orientado, en el cual dejamos los asuntos del interés general a los políticos. Dicho a manera muy precisa por Zygmunt Bauman (1999): «ese saber subliminal, esa piedra maestra de la percepción tan profundamente sumergida que rara vez emerge en el umbral de la atención, si es que siquiera emerge» (p.71).

¿Qué es lo que no emerge? La voluntad general para pedir respuesta al Estado. En efecto, creemos en la democracia como forma para alcanzar la justicia, como forma para convivir, pero no reaccionamos, ni siquiera emplazamos para demandar y exigir a quienes viven de la política y a las instituciones, no para el conjunto del tejido social, en tanto ejercicio colectivo de la ciudadanía.

Venezuela: una democracia sin carácter sustantivo

La democracia en América Latina constituye un fenómeno atemporal e incompleto, al menos en su desarrollo histórico. Siempre ha estado sujeta a las desviaciones impuestas por el Estado de bienestar o por las pulsiones del populismo en sus diversas vertientes (derecha, izquierda, centro-izquierda o centro-derecha). Estas tendencias, en buena medida, han impedido la autonomía de las sociedades en esta región, condicionando a su vez los espacios de libertad política que requieren los ciudadanos para exigir respuestas y demandar a sus representantes (elegidos para ejercer el poder).

Más allá de sus aspectos formales, la democracia latinoamericana enfrenta un devenir complejo. Ha conquistado logros, pero también ha dejado otros en el camino, mostrando dificultades para sostener el desafío de la comunión colectiva y el manejo equilibrado del conflicto, donde los ciudadanos se hagan parte constitutiva de su concreción. Sin embargo, sin el arribo hacia una sociedad ordenada capaz de disminuir las injusticias, la erosión del sistema podría dar lugar



a desviaciones autoritarias que pondrían en tela de juicio las libertades individuales e incluso las formas en que opera el poder.

En este sentido, varios son los factores que han despojado a la democracia venezolana de su carácter sustantivo, sobre todo en los últimos veinticinco años del presente siglo. Entre los más importantes se encuentran:

- La creciente desconexión de los partidos políticos con la ciudadanía.
- El control del Ejecutivo sobre los órganos de equilibrio institucional.
- El abandono de la esfera pública por parte de la ciudadanía.
- El grado de dependencia entre Estado y sociedad, en tanto factor limitante de su propia autonomía.

Cuando se vislumbra un probable proceso de transición, los actores sociales suelen presentar diversas propuestas que conducen a negociaciones. No obstante, hasta ahora no se ha planteado con seriedad la aplicación de la justicia para castigar a los responsables de la debacle de Venezuela, ni han surgido ideas claras para superar la crisis. Todo se resume al cambio político, cuya alternativa genera más incertidumbre que certezas. Ante ello, surgen interrogantes provocadoras: ¿Cuál es el sentido democrático que proclama una eventual transición? O, en el mejor de los escenarios, ¿cómo podremos confirmar la democracia únicamente ante el escrutinio del sufragio?

Volver a una democracia auténtica en Venezuela presupone un desafío complejo. Habría que definir hacia dónde apuntará como forma de convivencia sociopolítica, pues es precisamente en este aspecto donde se oculta la raíz de las dificultades. Surge otra gran interrogante: ¿construir democracia con quiénes? Sin duda, todo señala hacia un entramado plural lo suficientemente amplio para que la transición no se suicide.



Es pertinente mirar al carácter inclusivo de la democracia, donde entran en juego la singularidad ya vivida y la pluralidad como yuxtaposición contenida en la relación del poder instituido abstracto y el mundo real de los actores. En efecto, señala Humberto González (2011), citando a Nancy (2001):

La democracia en tanto que poder del pueblo significa el poder de todos en tanto que están juntos, es decir, los unos con los otros...Es un poder que presupone no la dispersión que se mantiene bajo la autoridad de un principio o de una fuerza de reunión, sino la disposición de la yuxta-posición. Es decir, a la vez una disposición que no comporta por sí misma ninguna jerarquía ni subordinación, y una yuxtaposición que se entiende existencialmente como un reparto del sentido de ser (p.164).

Hablamos entonces de un repensar la democracia en términos distintos, lo cual significa volver a su esencia. Esto implica considerar al ciudadano o al pueblo como unidad, una totalidad que indica pluralidad y singularidad a la vez, no exenta de conflictos. Estos conflictos son consustanciales a la democracia y constituyen herramientas necesarias para el juego democrático y la convivencia. Se trata de identificar entre actores sociales y políticos, no de desconocer la naturaleza política contenida en la democracia, sino de entenderla desde otra perspectiva, avivarla para dejar atrás la anti política como signo característico del autoritarismo.

164

No se trata solo de autonomía de poderes, sufragio o representatividad, sino de una simbiosis contradictoria entre la sociedad y el Estado. No un Estado que impone límites al cuerpo social, sino la imperiosa yuxtaposición de arriba abajo y abajo hacia arriba que contribuya a equilibrar los flujos y las tensiones propias del tejido social. La democracia no debe ser un acto exclusivamente delegativo o utilitario, sino una acción demandante y exigente dentro de los linderos de la esfera pública.

Sin embargo, la versión autoritaria del chavismo entrapa la dinámica de las instituciones democráticas, haciendo del sistema político un patrón de consumo



orientado a la insignificancia de la política como ejercicio del *logos*. La manifestación más evidente de esto es la apatía hacia los asuntos públicos y el uso de las misiones sociales como aliviadero a las tensiones.

La «magia providencial» gestada en las elecciones presidenciales de 1999, que había despertado las esperanzas a través del encanto, la fantasía y las glorias pasadas expresadas en el relato de Hugo Chávez, tuvo un punto demoledor por sus características coyunturales. Sin embargo, la crisis general de la sociedad venezolana no desapareció con Chávez, y sus manifestaciones más dramáticas emergen con toda su crudeza tres lustros después, al asumir la magistratura Nicolás Maduro. En efecto, sentencia Alfredo Coronil (2002):

El Estado venezolano se ha presentado como el hacedor de milagros que podía convertir su dominio de la naturaleza en fuente de progreso histórico. Pero debido en buena medida al hecho de que mucho de su poder se deriva de los poderes del dinero proveniente del petróleo en vez de ser producto de su dominación de la naturaleza, el Estado se ha visto limitado a producir actos de magia en vez de milagros (p.408.).

165

El «milagro» prometido por el chavismo nunca llegó, y la política tampoco se ha presentado como una opción viable para el cambio. Los partidos políticos y sus líderes no han mostrado nada distinto que pueda animar a la ciudadanía a ejercer su poder, con excepción de los años 2002, 2008 y 2017. Ante esta situación, la población se ha recluso en la esfera privada, buscando alternativas vitales en la supervivencia o la migración a otros países, como ha ocurrido en los últimos años.

Un factor de extraordinaria importancia que ha contribuido sobremanera al declive de la democracia venezolana y que obstaculiza las posibilidades de una transición es, sin duda, el exorbitante poder del Ejecutivo. Según afirman Luis Schiumarini y Noam Lupu (2021), citando a Waldner y Lust (2017) y Bermeo (2016):



Hoy en día, las tomas de poder (o expansión) de los Ejecutivos son la forma más común de ruptura democrática. Estas ocurren cuando los Ejecutivos elegidos democráticamente debilitan los controles y equilibrios institucionales y buscan cambios que debiliten la oposición o el disenso fuera del Estado (p.5).

Las coincidencias apuntan hacia unas características comunes en la ola de golpes del Ejecutivo. Como expone Luis Schiumarini y Noam Lupu (2021): «La característica clave que distingue a esta ola es que el retroceso democrático está legitimado por las mismas instituciones democráticas que estos gobernantes buscan socavar» (p.5). La realidad venezolana lo ilustra: la colonización institucional del ejecutivo desvaloriza cualquier posibilidad de desalojo del poder por vía del sufragio, inhabilita adversarios potenciales y, además, se suma la dispersión entre partidos políticos auspiciada por el dominio de intereses particulares y el insoslayable divorcio con la ciudadanía. Con este panorama, las alternativas creíbles para una transición democrática parecen lejanas, sin ningún proyecto país que atraiga al electorado.

166

Los rasgos presentes en la actual coyuntura venezolana muestran una pérdida substantiva de la democracia que ha cedido ante la imposición autoritaria; quizá uno de los factores determinantes del hacer político tanto en los partidos políticos, ciudadanía y otros actores relevantes, es que se han convertido en actores sin substrato real. Según indica Fernando Mires (2002):

El ciudadano es sólo un sujeto teórico de la política; pero su sujeto más real es el profesional de la política al cual el ciudadano le delega parte de sus poderes para que lo represente en el escenario político y así él tener más tiempo para hacer actos de representación en otros escenarios como son los de la subsistencia y del trabajo; los de la religión y de la cultura (p.16).



Esta pérdida de sustancia democrática no solo alcanza a los liderazgos, sino también a las instituciones del Estado, las organizaciones de la sociedad civil e incluso a las agrupaciones populares. Todas ellas están liberadas del compromiso moral con sus representados. Además, la crítica situación del mundo cotidiano no apunta a las exigencias demandantes ante el poder, sino a la búsqueda de la subsistencia, relegando lo político a un segundo plano.

En este último aspecto, los ciudadanos no políticos se ausentan del debate, bien por el desencanto hacia los políticos profesionales o porque sus requerimientos no son escuchados a través de los medios tradicionales ni mediante las redes sociales. A pesar de la aparente libertad que estas últimas ofrecen, su naturaleza virtual no se traduce en un impacto real en la política.

Ante este panorama, surgen interrogantes cruciales: ¿Podremos los venezolanos pensar una transición democrática sin reeditar la representatividad del pasado, sin reacondicionar consensos cupulares? ¿Podremos repensar la democracia siendo actores reales ganados y comprometidos para el cambio?

167

Zygmunt Bauman (1999) alude a un obstáculo mayor: «En ausencia de puentes fuertes y permanentes, y con la capacidad de traducir que está fuera de práctica o totalmente olvidada, los problemas y los agravios privados no llegan a constituirse, por falta de condensación, en causas colectivas» (p.7)

Los puentes que podrían conducir a un proceso de transición política pasan sin duda por dos aspectos claves:

- **Voluntad política de la oposición venezolana:** conformar un cuerpo unitario lo suficientemente plural e inclusivo para minimizar las diferencias entre todos los sectores sociales, económicos y políticos.



- **Condensación de la ciudadanía:** orientarla hacia una fuerza colectiva participativa y vigilante, no solo defendiendo sus derechos, también conforme a sus deberes.

Uno de los rasgos que caracterizan al sistema político venezolano desde su viraje hacia el autoritarismo en 1999 es su evidente falta de sustancia. Se trata de una democracia maltrecha, vaciada de su esencia, donde la Asamblea Nacional ha perdido el encanto que ostentaba en las primeras décadas del sistema de partidos para convertirse en un mero apéndice del Poder Ejecutivo.

Como bien señala Zygmunt Bauman (1999), la posibilidad de cambiar este estado de cosas reside en el *ágora*, un espacio que no es ni público ni privado, sino más bien una amalgama de ambos. Es allí donde los problemas individuales se reúnen de manera significativa, no solo para generar satisfacción personal o buscar terapia mediante la exhibición pública, sino para encontrar palancas que, aplicadas colectivamente, sean lo suficientemente poderosas como para elevar a los individuos de sus desdichas personales. Es el espacio donde pueden nacer y cobrar forma ideas como el «bien público», la «sociedad justa» o los «valores comunes».

168

Tanto los partidos oficialistas como los opositores se encuentran lejos de poder encauzar un plan coherente de sociedad. Para los primeros, la permanencia en el poder es un aspecto insoslayable, mientras que, para los segundos, la dispersión en la lucha por intereses personales impide que se piense en el bien común y en una sociedad más justa. En ambos casos, las estructuras partidistas parecen insignificantes, vacías y sin programas, incapaces de generar motivación entre los ciudadanos no políticos, a menos que, como por arte de magia, aparezca un *outsider* convertido en el nuevo «hombre a caballo» que nos retrotraiga al siglo XIX.



En lo fundamental, cualquier transición tiene como imperativo devolver la política a las masas, pero no solo al simple acto electoral, sino a una participación abierta y activa en los asuntos públicos.

Si bien la actual realidad política venezolana atraviesa una crisis de enormes proporciones, no es menos imperativo el retorno de una dramaturgia política que abra los cauces hacia un espíritu unitario que conduzca a soluciones orientadas a mantener cierto equilibrio.

El primer paso para avanzar en términos de una probable transición, sin duda alguna, debe pasar por la desfeudalización de los partidos políticos ajenos al chavismo, pero, además, por la entrada más abierta de la ciudadanía al debate público. Esto último, para otorgarle sustancialidad al juego político en función constructiva de una nueva democracia: plural, heterogénea, participativa, en la cual resulta improbable acuerdos a trastiendas con los responsables de la debacle venezolana. Por supuesto, esto no será una eliminación automática de tensiones en el tejido social, ni tampoco un borrón y cuenta nueva sobre el carácter corrompido que ha permeado todos los rincones de la sociedad.

169

¿Transición incómoda o hacia una nueva democracia?

El eventual proceso de transición al que se encamina la sociedad política venezolana no puede perder de vista el escenario real que la espera tras el 28 de julio de 2024. Quien tome el testigo tendrá que lidiar con un TSJ, poderes públicos y Asamblea Nacional adversos, una crisis de enormes dimensiones sin soluciones mágicas ni inmediatas, y el quebranto ético-moral que permea el cuerpo social al percibir la impunidad como regla que desafía la idea contractual que sostuvo al sistema político desde 1958. Lo relevante es que privan los intereses particulares por encima del bien común general, desapareciendo la interlocución entre sociedad y Estado.



No es poca cosa considerar lo anterior, sin mencionar la realidad de las mayorías que estarán esperando respuestas sin constituirse por ahora en hervideros latentes conflictivos. Por lo tanto, pareciera que en el caso venezolano el consenso hacia una transición muestra signos ficticios, artificiosos y contaminados por el hecho de que están en juego cuotas de poder, dejar pasar para no castigar a los responsables del desastre e incluso preservar la inmoralidad del poder. En efecto, no estamos en presencia de una democracia ideal, sino de una degeneración del sistema venido a autoritarismo, aunque este se sirva de los aspectos formales instituidos.

Al respecto, Ermanno Vitale (2019), siguiendo a Bovero, sentencia: «la democracia es por definición el régimen político que institucionaliza la mutación interna que se fundamenta en la necesidad de autocorrección: solo la democracia puede corregirse si es que puede» (pp.6-7). Esto conduce sin duda alguna a plantear una interrogante: ¿Podrá la transición corregir los desvíos del sistema político a la vez que ampliar las bases sobre las cuales se gestarán los consensos?

170

La autocorrección consensual tendrá que pasar por ese rasero. Desde luego, serán inevitables las divergencias como algo necesario para arribar a los aspectos convergentes que permitan un clima ciertamente más o menos estable, orientado por un lado hacia la captación de los ciudadanos no políticos y, por otro, a desbaratar la tupida red de intereses creados para depurar la justicia, condición necesaria para definir las características de otra democracia. Por cierto, tarea nada fácil si se pretende ahondar en la credibilidad y legitimación transicional.

Las formas en que podría emerger un proceso transicional en Venezuela pasan por comprender lo que en realidad ocurre en la esfera política del poder y la separación con el mundo social. Tal cosa ha permeado la realidad para hacer de este un tránsito complejo e incluso ambiguo, por lo tanto, parece no pleno de sentido al constituirse en una intención rígida, casi exclusiva y afín a los partidos



políticos y una cúpula de dirigentes en apariencia variopintos, sin que cuenten con otros sectores sociales, culturales, religiosos, económicos, además de los ciudadanos no políticos que puedan ponderar los eventuales consensos/disensos. Así pues, al menos hasta la fecha de este ensayo, no hay un campo ordenado donde los actores puedan empujar hacia el hacer político. Al contrario, como afirma Gómez Calcaño (2006), la transición produce actores híbridos muchas veces efímeros que disuelven las fronteras entre el movimiento social, el grupo de presión y la organización política.

Parece acertado lo expuesto por Gómez Calcaño, pues el proceso que hoy surca la realidad venezolana disuelve los órganos naturales de la sociedad civil, por cierto, bastante disminuidos, casi sin conexión con los partidos políticos dado el descontento generalizado cuando estos perdieron el rumbo intermediador para convertirse en agencias de intereses particulares y corporativos. Quizá al margen de ello, pueden emerger liderazgos nuevos que pongan como aspecto fundamental la articulación de un plan de acción común no centrado en la inmediatez, sino en la coherencia de un modo de gobernar accesible desde sus instituciones hacia el pueblo inhallable, vale decir, la expresión voluntaria general con la cual establecer las políticas públicas.

171

Eso no quiere decir que la eventual transición al parecer hoy encaminada reproduzca experimentos pasados que funcionaron en un contexto histórico particular; ahora es otra realidad: el Estado rentista venezolano hace agua por todas partes, la desinstitucionalización bloquea las exigencias de la sociedad, mientras que los órganos de intermediación están aplastados, tanto como el partido gobernante (PSUV).

Los desafíos que presupone la actual transición venezolana, ya sea postchavista o postrentista, deben ir más allá del desmontaje de la creencia de que el sufragio es la vía de salvación para la resolución de problemas inmediatos. Si



bien las elecciones constituyen un aspecto crucial, la tarea es mucho más ardua y compleja, como lo señala Rocio Annunziata (2016):

Lo político se desideologiza y se personaliza, al mismo tiempo que pierden centralidad los partidos. Así, se produce una «desacralización de la elección», que deja de constituir una forma de establecer una orientación del mundo, un rumbo, y pasa a ser sólo un modo de designación de gobernantes. Pierden sentido los programas, que son reemplazados por clivajes políticos fluctuantes, y por eso pierden su capacidad para orientar el futuro. Entonces, la elección deja de implicar la legitimidad de las políticas que se implementan durante el período de gobierno (p.12).

Para el caso venezolano, la política se ha transformado en anti política, hasta el punto de que las organizaciones partidistas están vaciadas de contenidos ideológicos e incluso programáticos. Su único fin parece ser la desacralización electoral, perdiendo potencia cuando se juega a la abstención o a la conquista del poder por el poder mismo. En consecuencia, se rompe la conexión e intermediación con la ciudadanía, generando desconcierto y desconfianza hacia unas estructuras que siguen desperdiciando la oportunidad histórica de convertirse en catalizadoras del poder ciudadano. Esto quedó demostrado con los sucesos de 2002, pero hoy en día no parecen tener la misma capacidad integradora que pueda poner en vilo al chavismo.

La transición venezolana no puede plantearse en términos exclusivamente políticos, ya que la realidad amerita otras miradas mucho más inclusivas, más conectadas con los gravísimos problemas que aquejan a la sociedad en su conjunto. Por consiguiente, es menester hacer del cumplimiento de la ley una máxima de imbricación de los procesos sociales, económicos y políticos. No puede existir perdón sin justicia, mucho menos repetición del pasado. La realidad es otra, los actores no son los mismos porque han perdido potencia y capacidad de negociación ante los desvaríos del autoritarismo. Además, se suman la diáspora



venezolana, tema poco tratado entre los diferentes partidos y sus dirigentes, así como el carácter multidimensional de la crisis.

Los escenarios y las posibilidades para el retorno de la democracia como forma de vida pasan por la reconfiguración del sistema político que oriente las alternativas en la búsqueda de los consensos necesarios para encontrar el rumbo perdido y la autonomía ciudadana dispuesta a derribar el muro que separa la esfera social de la política. Esto significa que los ciudadanos no pueden ausentarse del escenario público confiriéndole todo el poder a los elegidos para que ocupen cargos en el gobierno. Por el contrario, tienen el imperativo constitucional de ejercer vigilancia sobre las actuaciones de estos. Sin duda alguna, el proceso de transición está sujeto al ejercicio pleno de los derechos políticos, aún más cuando el debilitamiento del chavismo es evidente.

Ahora bien, la transición no es únicamente un pacto de élites como lo fue en 1958. Lo que hoy se plantea va más allá. Al menos al momento de escribir este ensayo, no se observa con claridad cuál es el rumbo de dicho proceso, pues no se avizoran en el horizonte élites visibles, sino dirigentes políticos tensionando entre sí, empresarios al margen del debate, la iglesia asumiendo una tibia posición y unas organizaciones gremiales e incluso órganos de la sociedad sometidos a la vigilancia del gobierno. Ante tales circunstancias, no parece plausible la reedición del «pacto de PuntoFijo». En este particular, indica Ángel Martínez (2020):

Hoy en día, luego de transcurridas dos décadas del siglo XXI, el país no sólo presenta condiciones distintas, sino sobre todo tendencias contrarias. El régimen político que impera en Venezuela ha impuesto una modificación profunda de las capacidades del Estado, reorientándolas cada vez más hacia un complejo y anárquico sistema de intereses grupales que operan en buena medida mediante el uso directo y no institucionalizado de la fuerza (p.278).



El uso de la fuerza como herramienta del chavismo para atemorizar y disuadir posibles acciones de calle por parte de la sociedad venezolana es una variable que no puede ser ignorada. Este factor se intensifica cuando la justicia, en lugar de garantizar los derechos políticos, se convierte en un instrumento para inhabilitar líderes, intervenir partidos, obstaculizar el trabajo de las Organizaciones no gubernamentales (ONG) y censurar a los medios. Este panorama dista considerablemente del contexto en el que se firmaron los pactos de 1958, lo que obliga a las oposiciones venezolanas a replantear sus estrategias.

Como bien señalan José Cornejo y Leonardo Gómez (2004): «La transición supone la desestructuración del viejo régimen, pero la consolidación democrática implica el consenso alrededor de valores compartidos para generar nuevas instituciones» (p.217). No obstante, hasta ahora, las iniciativas como las reuniones en Noruega no han logrado generar eco en la opinión pública. Si bien se habla de acuerdos, la mayoría de la población desconoce su contenido y alcance.

174

Consolidar el tránsito hacia la democracia exige ampliar las bases del diálogo y el consenso. Es fundamental abrir los canales para que la sociedad civil y las organizaciones populares sean escuchadas, evitando que los acuerdos se limiten a élites cerradas. Como afirma Ángel Martínez (2020): «La tendencia actual parece ir en dirección contraria: a medida que avanzan la mutación de las estructuras estatales, el desmantelamiento del tejido social y la reversión hacia una economía basada en actividades extractivas e ilícitas, las condiciones para una transición a la democracia empeoran» (p.280).

No obstante, no se percibe un despertar de la ciudadanía, ni siquiera por parte de las organizaciones populares. El letargo, la apatía o la resignación parecen jugar a favor de la dispersión. Quizás sea necesario un detonante que impulse la reacción y el involucramiento en una eventual transición. Esta no debe basarse en la concepción rentista del Estado, ya que la realidad es evidente: la industria



petrolera atraviesa un momento crítico y ya no es el gran proveedor de ingresos que sustentaba la reproducción social, política, económica y cultural, generando estrechas relaciones de dependencia.

En efecto, como apunta Ángel Martínez (2020), el descontento, el desgano y la desinformación marcan el rumbo a seguir, especialmente ante la idea de una Venezuela postpetrolera y menos rentista. Este escenario abre nuevas posibilidades para establecer una sociedad más autónoma, libre, exigente y vigilante sobre las políticas públicas y las acciones de los poderes públicos.

De ahí que uno de los principales retos y dificultades de cara a una nueva transición radique en que ésta deberá irremisiblemente venir acompañada de una propuesta realista de renovación del modelo productivo de la nación; éste, por lo demás, no podrá prescindir de la industria petrolera, pero sin duda deberá fundamentarse de modo esencial en la recuperación de una economía de libre mercado y en unas finanzas públicas menos dependientes de la renta y más relacionadas con el fruto del trabajo de la sociedad en general (p.282).

175

Lograr el salto hacia una nueva democracia parece una tarea titánica, en vista del poderío del gobierno de Nicolás Maduro y la intrincada red tejida durante años para aferrarse al poder. Las FF.AA., otrora bastión de la República, han perdido su reputación y hoy son vistas como parte integral del entramado de complicidad que rodea la dinámica política venezolana.

Cualquier proceso de transición resulta complejo, especialmente cuando las oposiciones, o al menos un sector de ellas, mantienen un vínculo sospechoso con el régimen, bloqueando alternativas viables. A pesar de que la coyuntura actual presenta indicios de cambios significativos en la correlación de fuerzas antigubernamentales, estas aún no están lo suficientemente cohesionadas para revertir la opinión negativa que tienen los venezolanos hacia ellas. El descrédito sigue imperando y no se vislumbra un proyecto de país que sirva como catalizador



para generar la motivación necesaria para unificar las movilizaciones de todos los actores involucrados, ni para propiciar el colapso del régimen como ocurrió en los acontecimientos de abril de 2002.

El retorno a la democracia en medio de una eventual transición a medias exige analizar cómo operan las variables políticas, económicas y sociales desde adentro. Los factores externos, si bien apuntan al mundo democrático, no han tenido mayor repercusión en el impulso al colapso del régimen. Por el contrario, han servido al autoritarismo para identificar a sus enemigos y montar toda una trama propagandística para desprestigiarlos y hacer creer que «se está ante una guerra permanente en defensa de la soberanía», discurso que ha calado en sectores de bajos recursos económicos.

Ante este panorama, la transición que escojan los venezolanos deberá ser original, negando al chavismo las estrategias que hasta ahora le han resultado exitosas: posverdad, populismo y polarización. Varias formas podrían conjurar tales obstáculos:

- Agenciar la unidad democrática desmontando el relato legitimador del chavismo.
- Reconocer que el populismo en su vertiente autoritaria ha desestructurado el sistema político, dificultando el acceso de los ciudadanos a sus derechos.
- Promover la unidad democrática en función de la aplicación de una justicia más abierta, la autonomía social en lugar del populismo y la verdad en vez de la posverdad.

En este sentido, Humberto Naím (2022) señala:



Con su utilización actual de la post verdad, los líderes no se limitan a contar mentiras, sino que niegan de partida la existencia de una realidad independiente susceptible de verificarse. El principal objetivo de la post verdad no es que se acepten las mentiras como verdades, sino enturbiar las aguas hasta hacer que sea difícil distinguir la diferencia entre la verdad y la falsedad (p.15).

El panorama político venezolano se debate entre dos realidades paralelas: por un lado, los partidos políticos que participan en las negociaciones, y por otro, la ciudadanía que se pregunta legítimamente: ¿qué se está negociando? ¿Por qué no se incluyen sectores de la sociedad civil, la iglesia y los gremios? ¿Por qué la opinión pública desconoce lo que está en juego? Estas interrogantes son un reflejo palpable de la posverdad que permea el discurso de los actores políticos de ambos bandos.

Tras esta opacidad, el camino hacia la reinstalación de la democracia se torna incierto. No hay claridad sobre los mecanismos que se implementarán, la forma de coalición gubernamental que se adoptará ni los planes para superar la profunda crisis que aqueja al país.

De concretarse la transición, los líderes que encabezan la nueva democracia deberán contar con mecanismos institucionales sólidos. El sistema político no puede ser un castillo de naipes incapaz de gestionar los conflictos sociales hasta ahora reprimidos. Se requieren árbitros confiables que sirvan como contrapeso al poder ejecutivo, una división de poderes real y autónoma que ponga fin a las relaciones clientelares, vigilancia rigurosa de los fondos públicos y, sobre todo, un modelo económico alternativo que no dependa de los petrodólares.

El nuevo liderazgo debe ser auténtico y capaz de crear espacios para el desarrollo de las libertades individuales y colectivas, liberando al país de las cadenas del populismo y del Estado intervencionista. Como bien señalan Ramón Piñango y Humberto Naím (2015):



Tiene que haber, por parte del líder, un reconocimiento del valor del seguidor, de su realidad, de lo necesario de su aporte para construir algo valioso. Venezuela pide un liderazgo político dispuesto a escuchar, a tolerar puntos de vistas diferentes. Es una tarea urgente. Lo que viene para el país es durísimo (p.15).

La cuestión no se limita a una mera transformación o reforma institucional, ni a la aparición de micro-líderes. Una eventual transición debe ir más allá, involucrar al «país real», esa sociedad «razonable» que navega entre la brecha institucional y las vivencias cotidianas, comprendiendo el papel fundamental de la ciudadanía activa en el ejercicio del poder.

El verdadero desafío radica en construir un relato convincente que haga comprender que la democracia depende de acciones colectivas. La solución no reside únicamente en los políticos, grupos de presión o, en su caso, las FF.AA. Por el contrario, implica la participación activa del conjunto social en la toma de decisiones. Sin embargo, esta realidad aún no se refleja en Venezuela.

178

Los desafíos son tan complejos como la realidad misma. El camino hacia la transición transita por un terreno incierto, especialmente considerando los resultados electorales del 28 de julio del presente año, que aún no tienen un desenlace definitivo. Para Héctor Mancilla (2000):

los desafíos de nuestra era exhiben un carácter altamente complejo y de resultado incierto, que bien poco tienen que ver con las preocupaciones de los políticos y su horizonte temporal, que están determinados precisamente por factores democráticos y de breve plazo tales como las elecciones y las exigencias de los votantes. Las masas de los ciudadanos piensan en dimensiones de corto aliento y en soluciones sencillas, fácilmente comprensibles (p.67).

Epílogo



Apresurarse a establecer conclusiones definitivas sobre la actual realidad política venezolana sería un ejercicio fútil, un salto al vacío. Si bien las elecciones del 28 de julio de 2024 han marcado un hito importante, el camino a seguir sigue siendo incierto. Queda por ver qué hará el nuevo presidente que asumirá el cargo en enero de 2025, cuál será la postura de la Asamblea Nacional dominada por el chavismo y cómo reaccionará el TSJ ante un resultado electoral adverso al oficialismo. También es incierto el papel que jugarán las FF.AA. en una coyuntura tan delicada, donde podrían verse obligadas a tomar partido.

Lo único que parece claro es que, de instaurarse una verdadera democracia, esta debe ser lo suficientemente amplia para incluir al sector chavista de la población, incluso aquellos propensos a acciones que obstaculicen la transición. En este sentido, será necesario recurrir al diálogo y la concertación para manejar los conflictos y las tensiones que inevitablemente surgirán.

Sin embargo, quedan interrogantes sin respuestas aparentes que requieren atención especial: ¿cómo integrar a los adversarios enquistados en el poder judicial? ¿cómo reinstitucionalizar a las FF.AA.? El escenario luce complejo e inquietante, pues no hay una hoja de ruta clara ni un perfil definido para la democracia que se aspira construir, ni para las relaciones equilibradas que la caracterizan.

La reconfiguración democrática venezolana debe basarse en nuevos consensos y propuestas novedosas. No puede alejarse de la realidad cotidiana ni permitir que la impunidad reine, pues de lo contrario, la nación se condenaría a repetir los errores del pasado.



Referencias

Libros:

- Bauman, Z. (1999). *En busca de lo político*. Epulibro. Editor digital diegoan. España.
- Cabrujas, J. (1987). *El Estado de disimulo. Heterodoxia y Estado. 5 respuestas Estado y reforma*. Ed COPRE, edición especial. Caracas.
- Cornejo, C. M., & Gómez, S. G. (2004). *Transiciones políticas. En Democracia y globalización en América Latina* (Coord Juan González). Ed Universidad de Alcalá. España.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de la política: Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*. Páidos. España.

180

Artículos de revistas:

- Annunziata, R. (2016). *La democracia exigente. La teoría de la democracia de Pierre Rosanvallon*. Revista Andamios, 13(30), 1-10. Buenos Aires.
- González, H. (2011). El mundo infrapolítico y la verdad de la democracia. Revista digital, n° especial. Disponible en <https://www.pensamientoalmaargen.com>. [Consultado 20/02/2024] ISSN 2386-6998.
- Gómez, L. (2006). *Impacto del conflicto político sobre las organizaciones de la sociedad civil en Venezuela: El dilema entre participación y representación*. Hal open science. USA.



Martínez, Ángel. (2020). “Del punto fijismo al postchavismo. Transición a la democracia en Venezuela de ayer y hoy”. En *Transiciones políticas en América Latina. Desafíos y experiencias* (Coord José Olivar, Angel Martínez Meuci), Universidad Metropolitana. Caracas.

Mancilla, H. (2000). “Límites de la democracia contemporánea y las teorías de la transición”. En *Procesos de transición en el cambio de siglo*. Nueva Sociedad, N°166 (marzo-septiembre). Buenos Aires.

Mires, F. (2002). *Civilidad y Barbarie: Acerca de las relaciones entre sociedad civil y política. En comportamiento de la sociedad civil latinoamericana* (Coord Robinson Salazar Pérez). Ediciones Universidad Autónoma de Sinaloa. Libros en la red. Com., Colección insumos. México.

Rondón, C. (2015). *Conversaciones con Moises Naím y Ramón Piñango. El caso Venezuela 30 años después*. Revista Debates. IESA. VOL xx., n°3, julio-septiembre. Caracas.

Shiumerini, L., & Lupi, N. (2021). *El apoyo ciudadano a la democracia en América Latina. En Dialogo político*. (edición especial). Fundación Konrad Adenauer Stufung. N|8. Caracas.

Sitios web:

Vitale, E. (2019). Democracia, kakistocracia y pleonocracia. Michelangelo Bovero y teoría política. Disponible en <https://bibliojuridico.unam.mx/bjv>. [Consultado 20/02/2024].

